

Aplausos correspondidos y por corresponder

ALFREDO LÓPEZ-VIVIÉ PALENCIA

Programa festivalero donde los haya el que Klaus Mäkelä y la Filarmónica de Oslo presentan esta noche. Y encima con la presencia de la pianista china Yuja Wang (Pekín, 1987), una de las estrellas más rutilantes de su instrumento en el panorama actual. No es de extrañar que se vendieran incluso las localidades situadas tras la orquesta, circunstancia poco frecuente en el Festival de Lucerna, y la sala se llenó hasta la bandera. Ahora bien, en mi opinión el resultado artístico del concierto fue desigual, yendo de menos a más.

Seguramente eclipsada por el éxito de *Romeo y Julieta*, *La Tempestad* de Chaikovski apenas se interpreta (Claudio Abbado le tenía especial cariño). Lo cual es inexplicable, porque similitudes aparte (fuente literaria, duración y estructura de las piezas) esta obra es tan buena como la otra. Aunque nadie lo diría si la hubiera escuchado en la versión que hoy ofreció Mäkelä. Creo que estaba poco ensayada, porque la orquesta no sonó ni de lejos tan bien como anoche: desde el comienzo con el mar en calma (falta de concordancia en la ondulación de las cuerdas, las trompas titubeantes), hasta los momentos tormentosos (hubo ruido, claro que sí, pero aquello no sonaba empastado); se salvó el tema de amor, bien cantado por los violonchelos.

¿Cuántos de ustedes han escuchado en vivo el *Concierto para la mano izquierda* de Ravel? Servidor nunca hasta esta noche. Y dudo que lo pueda escuchar mejor servido, al menos en lo que a la parte solista se refiere. Tan increíble es el mérito del autor para escribirlo (aunque al bueno de Paul Wittgenstein nunca le convenció del todo), como el del pianista que se atreva con él. Como de costumbre con Yuja Wang, lo primero que debe hacer uno es olvidar su atuendo (aquello parecía el “Concierto para la mano izquierda y la pierna derecha”), y centrarse en su toque todopoderoso.

La introducción orquestal (a mí me resulta una mezcla entre el Preludio de *Siegfried* y el Preludio del *Rheingold*) salió lastimosa, con un contrafagot al que le costó encontrar la



Makela y Wang en Lucerna © 2023 by Manuela Jans/Lucernefestival

Lucerna, viernes, 25 de agosto de 2023.
KKL Konzertsaal. Yuja Wang, piano. Oslo Philharmonic Orchestra. Klaus Mäkelä, director. Piotr Illich Chaikovski: *La Tempestad*, op. 18; Maurice Ravel: *Concierto para piano en Re mayor para la mano izquierda*, *Concierto para piano en Sol mayor*; Alexander Skriabin: *Le Poème de l'extase*, op. 54. Festival de Lucerna. Ocupación: 100%

afinación, aunque poco a poco Mäkelä consiguió un potente *crescendo* de la orquesta. Y ahí entró Wang, en la parte más oscura de su instrumento y con una fuerza que quitaba el hipo. Al final, esta pieza tiene poco de concertante y mucho de soledad pianística (y orquestal), como el intermedio jazzístico -que Wang despachó sin demasiada cintura-, o esa enorme cadencia que sólo se puede creer si se ve y se escucha en directo como la tocó Wang, con ese sonido seguro, amplísimo y con un virtuosismo al alcance de pocos. Mäkelä -algunas imprecisiones en la percusión aparte- fue encontrando el tono y respondió con valentía al desafío del piano, y entre ambos atinaron con el carácter contundente de la obra.

Compuesto al alimón con el anterior, el *Concierto en Sol* no podía ser más distinto. Aquí todo es luminosidad y transparencia. Y aquí Mäkelä sí acertó plenamente, de principio a fin, con una orquesta atenta al detalle procedente de la solista y del director. Es más, Mäkelä demostró tener más flexibilidad que Wang para jugar con todos los guiños estilísticos de la obra, particularmente en los movimientos extremos, que Wang tocó impecablemente pero con un sonido algo monótono. Otro cantar fue el hermosísimo Adagio: Wang no se solazó en ninguna ensoñación, aunque tampoco fue necesario gracias a su toque delicado -qué pianísimos- y un fraseo imaginativo sólo en determinados momentos clave -qué inteligencia-, incluso cuando el protagonismo se lo lleva el corno inglés.

Ahora toca hacer un paréntesis de quince minutos. De reloj. Los cinco primeros, para referir la ovación de un público enfervorecido mientras solista y director salían a saludar varias veces, hasta que en la última salió sólo Wang, se acercó al piano, volvió a saludar... y se marchó. Los cinco siguientes, para continuar con los aplausos del respetable, que no se resistía a que Wang les dejara sin propina, aunque ella ya no volvió a asomar la nariz por el escenario. Y los cinco últimos, para que los utilleros de la orquesta recibiesen un abucheo que no era para ellos mientras retiraban el instrumento y reubicaban atriles y asientos de los músicos.

La versión que dio Mäkelä de *El poema del éxtasis* fue sencillamente apabullante. Contrariamente a lo que sucedió al principio del concierto, esto sí estaba trabajado hasta la última coma. Ante una orquesta que la partitura requiere “au grand complet”, Mäkelä se mostró con las ideas claras, seguro de lo que quería y de cómo obtenerlo, y con el aplomo necesario para enfrentarse a semejante monstruo. Hubo, aquí sí, ensoñación en el arranque de la pieza (suaves la madera y el metal); hubo tensión extrema en esos pasajes que llevan al paroxismo suspendido mientras la trompeta una y otra vez vuelve a su tema lleno de ansiedad (bravo por el solista Brynjar Kolbergstrud); y hubo maestría en el manejo del *crescendo* interminablemente expansivo que conduce a la pausa antes de llegar a una conclusión que Mäkelä edificó desde dentro, con un sonido denso y potente.

“Eine leise Zugabe” (una propina tranquila), anunció Mäkelä para corresponder la ovación del público. Y tranquila fue, desde luego, y también extensa y cargada de poesía: *El Cisne de Tuonela* (con mis felicitaciones al corno inglés Min Hua Chiu).